



LA FE DEL MARTIR S. JULIAN Y NUESTRA FE

Concatedral de Ferrol, 07.01.2012

La comunidad cristiana de Ferrol celebra hoy su fiesta, la fiesta de San Julián. Una celebración que se remonta a hace más de mil años en que la desaparecida parroquia de la pequeña villa de pescadores que era Ferrol, estaba confiada al patronazgo de San Julián, un mártir que vivió en Antioquia en el siglo IV. Un siglo en el que muchos cristianos, ante la relajación de costumbres, se retiraron al desierto para vivir en serio su vida cristiana. San Julián marchó al desierto para vivir plenamente su fe cristiana. Pero también en Antioquía sobrevinieron un día conflictos y persecuciones contra los cristianos. Muchos de ellos fueron martirizados. Un buen día el presidente Marciano, ordenó apresar y encarcelar a Julián y a sus monjes. Julián no se echó atrás y valientemente profesó su fe en la hora de la persecución. Más tarde murió decapitado. Pero la sangre de los mártires fue una vez más semilla de nuevos cristianos y la de San Julián, con su inmolación cruenta, movió a conversión precisamente a Celso, el hijo del presidente Marciano.

El Año de la fe

Este año celebramos la fiesta de nuestro Patrono cuando el Papa Benedicto XVI ha convocado el Año de la fe para conmemorar los 50 años del Concilio Vaticano II y los 20 años de la publicación del Catecismo de la Iglesia Católica. «La verdadera crisis de la Iglesia en el mundo occidental, ha escrito el Papa actual con certero diagnóstico, es una crisis de fe»¹. Este ‘Año de la fe’ es una buena ocasión para *redescubrir nuestra fe, para confirmarla, para reanimarla, para purificarla, para confirmarla y para confesarla*² (Benedicto XVI, Porta fidei 4), *de una forma «individual y colectiva, libre y consciente, interior y exterior, humilde y franca»*³. Será una oportunidad para que se vea que creer es algo bello y gozoso, que Cristo sigue siendo *una fuerza que arrastra, una persona que seduce y un mensaje capaz de transformar las personas y la sociedad.*

La fe personal comienza a partir del encuentro personal con Jesucristo que cambia radicalmente la vida y que abre horizontes nuevos. No basta conocer las verdades de la fe, sino que se requiere “abrir el corazón” (cf. Hch 16, 14), para aceptar lo que la fe propone. Por otra parte, la fe no es puro sentimentalismo porque tiene consecuencias para la inteligencia y para la vida social: lleva a “comprender las razones por las que se cree” y “exige también la responsabilidad social de lo que se

¹Benedicto XVI, Discurso al Consejo del Comité Central de los católicos alemanes, Friburgo, 24 de septiembre de 2011.

² *Ibíd.*, 198.

³ Pablo VI, Exhort. ap. *Petrum et Paulum Apostolos*, en el XIX centenario del martirio de los santos apóstoles Pedro y Pablo (22 febrero 1967): AAS 59 (1967), 196.

cree”. No es algo puramente privado e individual: “la misma profesión de fe es un acto personal y al mismo tiempo comunitario. En efecto, el primer sujeto de la fe es la Iglesia” (PF n. 10). El cristiano cuando cree se incorpora al Cuerpo o la familia de los creyentes.

La fe cristiana es una fe PLENA, porque invade todo el ser. No se trata de tener fe a ratos, o para unos asuntos, sí, y para otros asuntos, no, a elección nuestra. ¡No! Nuestra fe en Dios abarca toda nuestra existencia. Es una adhesión a Cristo total e incondicional. Por otra parte nuestra fe no es una fe forzada, sino LIBRE. No nace de la costumbre ni de la moda. Sabemos quién es Dios, y nos fiamos. Sabemos quién es Jesucristo, y confiamos en El. Sabemos quién es la Iglesia y con qué autoridad enseña y manda, y nos fiamos de ella. No creemos a ciegas, sino sabiendo por qué creemos. Aunque no entendamos muchas verdades, creemos con los ojos bien abiertos. La fe entonces se convierte en una fe FUERTE. Supera todas las contradicciones. Nuestras convicciones son firmes. Y, aunque cueste, nos fiamos de Dios. Por eso nuestra fe es ALEGRE. Nadie como la persona de gran fe vive la felicidad de la vida. Pase lo que pase, sabe que Dios está siempre a su lado y le ama con un amor incondicional. Y por ser fe alegre, es también una fe ACTIVA. Quien tiene una fe grande, ¿cómo va a poder parar y estarse sin hacer nada, si ve que una sola alma le necesita? La fe es la chispa que prende el motor de la acción apostólica. Cualquiera diría que la persona con una fe así podría ser orgullosa. Pues, no. La fe es precisamente HUMILDE porque sabe que es don de Dios, y los dones de Dios son incompatibles con la soberbia.

Nuestra fe hoy

Así tenía que ser nuestra fe plena, libre, fuerte, alegre activa y humilde. Pero está muy tocada por el agnosticismo, el hedonismo y el relativismo que se han extendido por doquier. El *agnosticismo*, que surge de la reducción de la inteligencia humana a simple razón calculadora y funcional, tiende a ahogar el sentido religioso inscrito en lo más íntimo de la condición humana y conduce al abandono de toda práctica religiosa y al ateísmo práctico. Muchas personas han caído en la indiferencia víctimas de una vida cómoda y materialista provocada por el *hedonismo* que nos circunda. Por otra parte, la llamada *dictadura del relativismo*, que afecta a tantos ámbitos de la vida sobre todo a los principios morales, prometiendo paraísos de libertad conduce a la cárcel del propio egoísmo y hace cada día más frágil a la gente, porque es muy fácil dejarse llevar por el propio criterio o gusto.

Examinando nuestra fe con detenimiento, hemos de reconocer que es en muchos casos superficial y poco fundamentada, carente de interioridad y de vigor. No llega al nivel más profundo de la persona para integrarse en la vivencia cotidiana. En España este proceso de extensión del secularismo lo vivimos envuelto y camuflado dentro de una voluntad de modernización y democratización. La presión de los medios de comunicación ha llegado a crear el convencimiento de que ser católico y ser poco demócrata es lo mismo. Para ser demócrata y moderno hay que ser agnóstico y laicista.

Nuestra Iglesia es una Iglesia debilitada y replegada sobre sí misma. No abundan en ella los creyentes entusiasmados, bien formados y comprometidos. Entre nuestra gente no es frecuente el rechazo explícito y razonado, sino el descuido, la dejadez, la aceptación pasiva de las tendencias dominantes, de lo más fácil y placentero. *No se trata de negativas formales sino de abandonos prácticos, encubiertos, más por la vía de la omisión que de la acción.* Se ven tan absorbidos por las ocupaciones o las aspiraciones inmediatas, que terminan por mirar las cosas de la fe, la Iglesia, la vida cristiana y el mismo Dios, como realidades inoperantes y por tanto sin ningún interés, sin ninguna importancia.

Un nuevo entusiasmo

Por eso los creyentes necesitamos recuperar ilusión, vigor, entusiasmo. El mensaje de Cristo en nuestras bocas ha de ser movilizador y entusiasta, cargado de palabras vitalistas y llenas de energía. Hemos de anunciar el Evangelio con ardor, pasión, audacia, coraje, intrepidez y alegría. La alegría que necesitamos no nacerá principalmente de nuestro temperamento optimista ni de un análisis social y eclesial risueño; tampoco de un voluntarismo cegato que se empeña obstinadamente en lo imposible. Necesitamos la alegría que nace de una fe profunda, que no es ni barata ni superficial, sino interior, profunda y desbordante. Las motivaciones, la duración, la calidad y la intensidad del júbilo pueden ser muy diversas. Los gozos mejores no vienen de un golpe de suerte ni caminan en la dirección de aumentar el tener, el poder o el disfrutar, sino que ayudan a crecer en el ser y en el amor. Nuestro gozo brota del don y del esfuerzo de la conversión. Porque nada profundo se hace en la Iglesia sin una sincera conversión.

“La magnífica experiencia de la Jornada Mundial de la Juventud, en Madrid, ha sido también una medicina contra el cansancio de creer. Ha sido una nueva evangelización vivida. Cada vez con más claridad se perfila en las Jornadas Mundiales de la Juventud un modo nuevo, rejuvenecido, de ser cristiano”. En una palabra: se han abierto brechas en la muralla de la increencia que nos envuelve. Pero no olvidemos que “para ser testigo de la cuestión de Dios y poder proponerla, hay que haberla sentido con hondura en el corazón y haberla elaborado en la razón”.

Pidamos al Señor, por intercesión de un creyente intrépido como S. Julián, que nos ayude a crecer en esa fe vivida y razonada que tanto necesitamos.

+Manuel Sánchez Monge,

Obispo de Mondoñedo-Ferrol